

nos, como trabajar en la cocina ó en el jardín, porque los trabajos que podian hacer sentados, más difícilmente les distraian de la presencia de Dios y del santo recogimiento. Algunos se aplicaban también á transcribir libros, y finalmente la ociosidad estaba proscrita de los monasterios como un vicio de los más peligrosos.

11° *El ecónomo tiene también cuidado de gustar lo que se ha preparado para el alimento de los hermanos.* Los cocineros de los solitarios no tenían mucho que hacer para preparar lo que les presentaban para comer. Más que el condimento les ocupaba la cantidad á causa del gran número de los religiosos ; pero cuanto la mortificación de aquellos fervorosos religiosos les dispensaba de dedicarse mucho á ello, tanto también la caridad de los superiores les obligaba á hacerlo con la misma virtud. Así es que cada uno llenaba los deberes del estado y practicaba en él las virtudes religiosas. Los inferiores no exigían condimentos exquisitos por espíritu de mortificación y de penitencia ; y los superiores, los ecónomos y los cocineros, trabajando para los hermanos con un espíritu de caridad, se esmeraban en hacerlo lo más posible, siempre sin embargo dentro de las reglas de la pobreza y mortificación religiosa.

12° *Como no está permitido decir que no se tiene ropa, manta o estera para acostarse, el ecónomo arregla todas las cosas con tanta discreción y prudencia que nadie pide cosa alguna, porque nada les falta.* Pueden notarse aquí dos puntos de gran trascendencia. El primero es la pobreza de esos santos religiosos ; una túnica, una manta, una estera para acostarse ; he ahí sus muebles. Con esto creían tener todo cuanto les era necesario, á pesar de ser tan poca cosa ; y habrían mirado como supérfluo lo que hubiesen tenido á más de esto. Vimos en la vida de San Pambon el juicio que pronunció, segun refiere San Jeró-

nimo, en union con San Macario, Isidoro y los demás ancianos del monte de Nitria, contra un religioso, en cuya celda se habían encontrado despues de su muerte cien escudos que había reunido hilando lino. Bastantemente muestra cuán detestadas eran por aquellos solitarios la codicia de los bienes del mundo y la propiedad, y cuán estimada era entre ellos la pobreza. El segundo es que, para hacerles practicar esta virtud con más abandono de sí mismo á la cuidados de la Providencia y á la caridad de sus superiores no les era permitido pedir túnica, ni manta, ni otros muebles ; sino que el ecónomo estaba encargado de velar sobre todas sus necesidades y hasta de prevenirlas antes de que pudiesen apercibirse de ellas. De modo que los superiores miraban como un objeto principal de su deber y de su atención, el quitar á sus inferiores todo pretexto de ocuparse de los cuidados de la tierra y hasta de su cuerpo, tanto en lo tocante al vestido como al alimento, á fin de que, libres por ahí de toda solicitud temporal, vacasen únicamente al cuidado de su alma y á su aprovechamiento en la perfección de su estado.

13° *Si alguno cae enfermo, se le traslada de su celda á un aposento más grande ; y los ancianos toman de él un cuidado tan grande que no tiene motivo de desear ni las delicias de las ciudades de una madre.* San Jerónimo no podía darnos una idea más aventajada del cuidado que se tomaba de los enfermos, sino diciendo que no tenían que desear ni las delicias de las ciudades ni los cuidados de una madre. No es que aquellos solitarios, que miraban esta vida como un destierro, se empeñasen por sí mismos en prolongarla con una excesiva atención en conservar su salud, ó en recobrarla cuando caían enfermos ; sino que cuanto más distaban de relajarse en su penitencia, aun en tiempo de enfermedad, tanto también los superiores se creían obligados á ayudarles en sus enfermedades ; de suerte que puede



decirse que había entre estos y los inferiores una especie de combate santo, en el cual la caridad de los superiores, que no cedía á la mortificación de sus religiosos, les obligaba por las leyes de la obediencia á recibir con humildad y docilidad todos los auxilios que necesitaban en calidad de enfermos, y que su amor á la penitencia les hubiese impedido buscar por sí mismos, pues que tan poco era el caso que hacían de su cuerpo y de su salud. A este propósito hay que referir lo que dice Paladio, de que había médicos en la montaña de Nitria, por los cuales los religiosos no eran menos socorridos que los forasteros á quienes se recibía en un hospital que se encontraba en el mismo lugar, y del cual hablaremos despues.

14° *El domingo no se ocupen sino en la lectura y en la oracion. A esto mismo dediquense en todo tiempo, despues del trabajo manual.* He ahí toda la ocupacion de estos santos solitarios: la lectura, la oracion, y el trabajo de las manos. Pasaban de uno á otro de estos ejercicios, y aun durante el trabajo no interrumpian la oracion, levantando frecuentemente sus corazones á Dios con cortos y fervorosos afectos. Así que no se toleraban entre ellos charlatanes, contadores de nuevas, ó religiosos disipados y vagamundos. Eran necesario que estuviesen siempre aplicados á leer, ú orar, ó trabajar. Y he ahí á religiosos que se hallaban verdaderamente en su estado.

15° *Todos los dias aprendon alguna cosa de la sagrada Escritura.* Los solitarios hacían su estudio principal en las santas Escrituras. En estas diversas fuentes bebían la materia de sus oraciones y consideraciones. De la lectura de los Libros santos hacían el alimento espiritual y diario de su alma, y estudiando en ellos sin cesar la ley del señor y las verdades de la religion, se animaban á conformar á ellas su conducta. Los de Nitria, sobre todo, gozaban de la reputacion de aplicarse mucho á este estudio. He ahí cómo ha-

bla de ellos Rufino: « Jamás hemos visto una tan fuerte meditacion, una tan grande inteligencia de las sagradas Escrituras ni ocupaciones tan continuas en la ciencia de los Santos. Esto era hasta tal punto que no había ninguno de ellos, á quien no pudiese mirarse como un doctor en lo que atañe á la sabiduría divina »<sup>1</sup>.

16° *Ayunne igualmente durante todo el año, excepto en cuaresma, en que les es permitido redoblar sus mortificaciones y sus austeridades. Desde Pascua hasta Pentecostés se cambia la cena en comida, ya para conformarse á la tradicion de la Iglesia, ya por miedo de que se cargue demasiado el estómago haciendo dos refecciones al dia.* Era ley general de los santos solitarios el no hacer más que una refeccion al dia; y aun esta tan módica, que no daban en ella á su cuerpo más que lo puramente necesario.

En cuaresma se contentaban con pan y agua; mientras que en los otros tiempos comían yerbas y legumbres. Esto digo de los que vivían en los monasterios; porque en cuanto á los anacoretas, era una regla universalmente recibida entre ellos el contentarse con pan y sal. Los anacoretas, dice San Jerónimo, al salir de los monasterios, no se llevan

<sup>1</sup> Tal es el testimonio que Rufino ha dado de ellos; pero debemos hacer notar aquí que habiendo caído este autor en los errores de Orígenes, quiso sin duda ensalzar el mérito y la doctrina de algunos solitarios de Nitria que habían caído también en aquellos errores; y si la lectura de los Libros sagrados sirvió para la edificación de los santos religiosos de aquel desierto, hubo también quienes abusaron de ella ya por una grosera ignorancia, como hicieron los antropomorfistas, los cuales tomando á la letra aquellas palabras del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, creyeron que Dios tenía un cuerpo como nosotros, ya por no haber seguido las interpretaciones católicas de los santos Padres, como hicieron los origenistas que se entregaron á las especulaciones de Orígenes, y adoptaron sus errores. Lo cual hizo decir á San Jerónimo que habiendo estado en el desierto de Nitria, había descubierto entre aquella multitud de santos solitarios que lo habitaban, áspides que estaban allí escondidos; queriendo con esto dar á entender los secuaces de Orígenes.



consigo al desierto más que pan y sal. Podemos añadir que muchos ni siquiera comían pan y que vivían solamente de yerbas crudas y de raíces que crecían cerca de sus celdas. Los cenobitas adelantaban la hora de la refección desde Pascua hasta Pentecostés. Era una especie de templanza del rigor del ayuno en aquel tiempo de alegría en el Señor, á causa de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; pero si comían entonces, no era para cenar después. Por la noche conservaban siempre su costumbre de no comer más que una vez al día. Tal es la regla que los cenobitas ó conventuales de Egipto guardaban, según refiere San Jerónimo, y que se observaba en el desierto de Nitria.

Hay que añadir aquí que Paladio y Rufino hablan de la caridad de los solitarios de Nitria para con los forasteros y de la hospitalidad que ejercitaban. « Hay, dice Paladio, sobre la montaña de Nitria, siete molinos que sirven para los solitarios de quienes he hablado, y para los anacoretas esparcidos por la soledad (esto es por el desierto de las celdas). Al lado de la iglesia se ha edificado también un hospital, en el que se recibe en todo tiempo á los forasteros que allí llegan, sin despedirles hasta que se retiran por sí mismos, aun cuando permaneciesen allí dos ó tres años. La costumbre es que no se les obliga á hacer cosa alguna durante la primera semana; pero después se les destina á diversos trabajos, quiénes al jardín quiénes al molino ó á la cocina. Si se encuentra alguno que merezca que se tome de él un cuidado más particular (ya por razón de su cualidad, ya por la delicadeza de su complexión que no le permite hacer trabajos penosos), se le da á leer un libro, sin permitirle hablar con nadie hasta la hora de sexta. »

Rufino cuenta también en estos términos la hospitalidad que ejercitaron para con él y sus compañeros de viaje. « Tan pronto como nos acercamos á Nitria y ellos reconocieron que éramos hermanos forasteros, salieron de sus

celdas, á la manera de un enjambre de abejas, y nos salieron al encuentro con gran alegría, y muchos de ellos nos trajeron pan y peles de cabra llenas de agua. Nos llevaron en seguida á la iglesia cantando salmos, y después nos lavaron los pies y los enjugaron con lienzos como para descansar de la fatiga del camino; pero en realidad era para atraer sobre nuestras almas una fuerza espiritual por la caridad que ejercitaban para con nosotros. ¿Qué más diré yo de su humanidad, de su caridad y del placer que testimoniaban todos en mostrarnos su afecto con todos los servicios que nos podían hacer? Cada uno se esforzaba como á competencia en llevarnos á su celda; y esto no era solamente para satisfacer á los deberes de la hospitalidad, sino también para darnos instrucciones sobre la humildad, la dulzura y las virtudes que practican de una manera perfecta, y que pueden aprenderse entre ellos como que son personas enteramente separadas del mundo. »

Réstanos hablar de los solitarios del desierto de las Celdas ó Celditas; este es aquel en el que, como dijimos en la Vida de San Amón, San Antonio plantó una cruz para señalar, el sitio que debían habitar aquellos discípulos de este Santo que deseaban vivir como anacoretas, después de haber vivido muchos años en el monasterio en el ejercicio de la obediencia. He ahí lo que refiere Rufino de la disciplina que observaban. « Hay, dice él, otro lugar en el fondo del desierto, alejado unas diez millas de Nitria, que lleva el nombre de Celdas, á causa de que hay allí un muy gran número de ellas dispersas acá y allá, y todas separadas. Allí se retiran aquellos que, después de haber sido educados en el monasterio de Nitria, é instruidos en la práctica de todas las virtudes religiosas, desean llevar una vida más oculta y retirada; porque este desierto es muy vasto, y las celdas están allí de tal manera separadas unas de otras, que sus habitantes no pueden verse ni oírse. »



No hay más que un solitario en cada celda. Guárdase en ellas un profundo silencio y se vive en las mismas con gran reposo; solamente se encuentran los sábados y domingos juntos en la iglesia, en la que se ven como si bajasen del cielo á la tierra. Si sucede que alguno de ellos falta á aquella asamblea, conjeturan que ha estado impedido por alguna incomodidad que le ha retenido en su celda, y van á verle, no juntos, sino unos despues de otros; y si tienen alguna cosa que crean poderle ser agradable, no dejan de llevársela. Este es el solo motivo por el cual se atreven á turbar su silencio y el reposo de su soledad, á menos que haya alguno que sea muy capaz de instruir á los otros con sus palabras, y consolarles y edificarles con sus discursos.

Muchos de ellos van á la iglesia desde la distancia de tres ó cuatro millas; Tan apartadas son unas de otras sus celdas! La caridad y el afecto que les une, no solamente entre ellos sino tambien con los demás solitarios es tan grande, que es un motivo de admiracion y de buen ejemplo á todo el mundo.

Rufino añade que cuando se presentaban muchos para vivir como, solitarios al instante los hermanos se ponian en gran número á edificarles celdas, y durante este tiempo se llevaba á los reciénvenidos á la iglesia, desde donde, volviendo por la noche, era introducido cada uno en la celda que debía habitar. En ella encontraban todo cuanto era necesario, habiendo llevado á ella en secreto cada solitario los pequeños muebles que eran necesarios y provisiones para su manutencion.

La abstinencia de los solitarios era tan grande que algunos se privaban de comer pan y no usaban agua sino con medida, lo cual, en un punto como aquel, era una gran privacion. El mayor número vivia de pan y sal; de suerte que entre aquella multitud de religiosos (no eran menos de

seiscientos), apenas se habría encontrado uno solo que gustase aceite, aun cuando esto era permitido. Muchos de ellos, en vez de acostarse, dormian de pié ó sentados y pasaban frecuentemente toda la noche en la contemplacion de las verdades divinas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.